

(02074)

## La viga y la paja

Hoy por la mañana pedaleaba en una de las estáticas del gimnasio del complejo deportivo Mospintoles-2 cuando entró David Ventarreda.

David lleva poco tiempo viniendo por el gimnasio. A decir verdad, no le conozco más que de las cinco o seis semanas que lleva apareciendo por allí.

Comenzó su sesión de entrenamientos como ha hecho todos estos días atrás. Ventarreda es un tipo callado... Salvo que alguien le pregunte... Entonces puede desatarse su verborrea. Yo diría que es ciclotímico, pero no soy experto en la materia.

Ventarreda llevaba poco más de media hora dándole a las mancuernas y a las halteras. No es que levante mucho peso, pero sí aparenta –al menos a mis ojos– que tiene un sistema. El tipo se mueve entre las máquinas del gimnasio siempre con una toallita colgada del cuello.

Somos pocos los que llevamos toalla al gimnasio. Para algo que debería ser obligatorio la inepta gerencia del complejo ha sido incapaz de hacerlo valer entre los usuarios.

Hay que decir que David Ventarreda suda ostensiblemente. Yo no diría que lo hace de forma copiosa, pero casi. Entra ataviado siempre de la misma forma, con su camiseta azulona, un pantalón negro de esos que llaman "de pirata", que no es un pantalón deportivo (otro detalle para apuntar en el debe de la inepta gerencia del complejo), y con su toallita al cuello.

Una toallita exigua, de un tamaño ridículo... Yo diría que el tamaño de la toalla es de esos que llaman de pie de baño.

De su indumentaria –pensando bien– algunos creemos que o bien tiene varias camisetas iguales, o bien lava todos los días la que trae puesta...

Sea como fuera, alguien entró esta mañana en conversación con David Ventarreda sobre el estado del gimnasio, con el mancuernero sin ordenar y los discos dispersos por el suelo. La gente no colabora...

El hilo fue derivando hacia las faltas de higiene que se observan en el gimnasio: gente que se quita la camiseta en los días de calor, otros que entran al gimnasio con chancletas –mostrando unas feas uñas viudas–, y quienes no llevan toalla, que son la inmensa mayoría.

Un servidor no se sintió aludido, pues la toalla en el gimnasio forma parte de mi atuendo. Pero sí que puse oído a lo que allí se hablaba en alta voz.

Más que nada porque quería observar cómo reaccionaba la media docena de machotes que allí estaban y que aparte de levantar mucho hierro no ponen en práctica ninguna de las medidas higiénicas por las que allí se arengaba.

Pues resulta que todo el mundo le dio la razón a David Ventarreda... ¡Era una vergüenza que la inepta gerencia no hiciera obligatorio el uso de la toalla en el gimnasio!

Me contuve para no replicar, visto que lo que allí se esgrimía era el razonamiento de las moscas.

Pero David Ventarreda se sintió a sus anchas con la razón de su parte, y comenzó a explicarnos a todos los beneficios que reporta llevar toalla, y la situación que se vive cuando la mayoría no la lleva.

Entre *press* y *pull*, Ventarreda desglosó lo que todos sabemos: que la toalla no sólo era para secarse el sudor, que la toalla también se usa para colocarla en la tapicería de bancos y máquinas a fin de no dejar rastro del sudor propio en ellos, que cuando llegue el siguiente usuario hará lo mismo y así cada cual se lleva su propio sudor en su toalla, que si nadie pone en práctica esta medida de higiene él no iba a poner su toalla en las tapicerías del gimnasio pues entonces se llevaría consigo el sudor de los otros...

El hombre se encontraba a gusto entre el asentimiento e incluso aclamación general y comenzó a llamar "guarros" a quienes no usaban toalla en el gimnasio para secarse el sudor. Noté que en ese momento el corrillo de no-toalleros comenzó a hacerle hueco.

Pero David Ventarreda fue a más y no dejó títere con cabeza: que si la inepta gerencia era la responsable del estado del gimnasio, que si éste era un gimnasio cutre sin medidas de higiene, que si cualquier gimnasio de barrio de mala muerte estaba más limpio que éste...

Me quedé a solas con David Ventarreda, ya porque se acercaba la hora de cierre al mediodía, ya porque David se había extralimitado con sus quejas.

Terminé mi rítmico pedaleo, hice los consabidos estiramientos y despidiéndome de Ventarreda me dirigí al vestuario. Allí estaban terminando de ducharse los que minutos antes habían sido compañeros de gimnasio. Reinaba un silencio poco habitual, pero nada sepulcral, si se me entiende lo que quiero decir. Cada cual atendía a su mochila y fueron desfilando con las habituales despedidas en estas ocasiones.

Me duché tranquilamente y me vestí. Noté la ausencia..., pero quise comprobar por mí mismo lo que creía saber por haberlo visto días atrás sin reparar en ello.

Salí del recinto deportivo y me encaminé a mi casa a pie, doblando por una calle por la que transito pocas veces, sólo cuando necesito utilizar el cajero más cercano al complejo deportivo. Lo había hecho en un par de ocasiones las semanas anteriores.

Al lado de la sucursal hay un bar con unas mesas en la acera, formando una terracita. Y allí estaba David Ventarreda bajándose una rubia de verano, con su camiseta azulona, su pantalón pirata, su toallita lavamanos... y el sudor del gimnasio.